

NEW LEFT REVIEW 142

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE-OCTUBRE 2023

ARTÍCULO

LOLA SEATON	Sobre el «capitalismo político»	7
NATHAN SPERBER	Partido y Estado en China	35
ANAHID NERSESSIAN	Notas sobre el tono	63

LA SITUACIÓN DE GRAN BRETAÑA

PETER WOLLEN	La nueva ola británica	87
RAYMOND WILLIAMS	La ficción y el teatro	95
ERIC HOBSBAWN	La sociedad, la nueva y la vieja	III
RALPH MILIBAND	Si el Partido Laborista gana...	125
PERRY ANDERSON	Giorgio Fanti	139

CRÍTICA

ROBIN OSBORNE	¿Es importante el mundo antiguo?	155
GREY ANDERSON	Grandes narrativas	168

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



RALPH MILIBAND

SI EL PARTIDO LABORISTA GANA...

HAY PAÍSES DONDE la amenaza de que un gobierno caiga derrotado da lugar a elaborados juicios sobre la identidad de su sucesor. Gran Bretaña no es uno de ellos. El declive del actual gobierno conservador, que recientemente ha adquirido unas proporciones espectaculares, y su cada vez más probable derrota en las próximas elecciones generales, solo puede tener un beneficiario: el Partido Laborista. Los análisis sobre el renacimiento de los liberales se quedan en palabras, mientras que el Partido Comunista ni siquiera es mencionado cuando se hacen cálculos electorales. Desde luego, en este contexto nada es cierto hasta que los hechos lo demuestran, y habría que ser un incauto para subestimar la capacidad de los conservadores para superar su desventaja con energía y eficacia. Pero resulta dudoso que durante el año que falta hasta que tengan que convocarse elecciones puedan recuperar el dinamismo necesario para alcanzar la victoria. Si la consulta electoral se celebrara hoy, resultarían masacrados; si se celebraran en otoño o en la primavera siguiente, las predicciones hablan de una amplia derrota y el Partido Laborista, después de más de doce años en la oposición, se encontraría de nuevo en el gobierno con una sustancial mayoría parlamentaria. Esto no significa que haya habido una conversión en masa al laborismo, menos aún al socialismo. Realmente, los indicios no señalan que el Partido Laborista haya ganado un cuantioso apoyo nuevo y activo, sino que el Partido Conservador ha perdido, por el contrario, mucho terreno durante el año pasado, el suficiente como para certificar el paso de la victoria a la derrota.

Asumiendo entonces que el Partido Laborista regrese al poder, sugiero examinar lo que probablemente hará con su victoria, lo que supone preguntar qué está haciendo el laborismo ahora y qué quiere hacer. La política laborista ha quedado establecida y es poco probable que haya un cambio significativo de su línea política antes de las elecciones, lo cual, unido al análisis del pasado reciente y del presente inmediato, reducirá, aunque no llegue a eliminarlas por completo, las conjeturas sobre las intenciones y actitudes del Partido Laborista.

La era de Gaitskell

Si empezamos con el pasado reciente, quizá la característica más notable de la historia del Partido Laborista durante la década de 1950 es su constante sucesión de derrotas electorales. El partido no ha ganado unas elecciones generales desde 1945. Es cierto que regresó al poder en 1950, aunque su miserable mayoría de siete escaños (una caída desde los ciento cuarenta) era sinónimo de derrota. Perdió las elecciones de 1951 y pasó a la oposición donde perdió otra vez en 1955 y de nuevo en 1959. De cualquier forma, lo asombroso no es que perdiera las elecciones de la década de 1950, sino que la derrota no fuera mayor. La segunda característica más notable del Partido Laborista durante este periodo, muy relacionada con la primera, ha sido la incapacidad o, en realidad, la falta de voluntad de la dirección para elaborar y defender un programa concreto de carácter socialista. En 1951, incluso antes de la capitulación del gobierno verificada en ese año, se había hecho evidente que el afán reformista se había agotado, y cada vez era más difícil encontrar alguna diferencia significativa con la oposición conservadora, tanto en política interior como exterior. La mayor parte de su energía estaba dedicada a luchar no contra los conservadores, sino contra aquellos que desde dentro de sus propias filas defendían una línea política diferente. En consecuencia, durante la década de 1950 el Partido Laborista se antojaba tibio, tímido, vacilante, defensivo y desgarrado por las disputas internas, lo cual, unido al hecho de que el gobierno conservador no provocó las terribles consecuencias que se habían vaticinado, como el desempleo masivo, fue suficiente como para frustrar los esfuerzos laboristas para ganar nuevos apoyos o para conservar los que ya tenía.

La lección que sacaron los dirigentes del Partido Laborista de las repetidas derrotas cosechadas durante la década de 1950 no fue que no habían sido lo suficientemente audaces, sino que lo habían sido demasiado;

que en la «imagen» del partido había demasiadas cosas que eran electoralmente perjudiciales, especialmente su compromiso formal con el tema de la nacionalización. Esta fue la situación que Hugh Gaitskell, quien en 1955 se convirtió en el nuevo líder del partido, se dispuso a cambiar. Una generación anterior de dirigentes laboristas difícilmente podía haber mostrado menos entusiasmo por la nacionalización y, sin embargo, a pesar de toda su reluctancia a la hora de proponer la invasión de la ciudadela del capitalismo privado, se sentían incapaces de mantener que la propiedad pública podía separarse de la idea del socialismo del Partido Laborista. Pero esto es precisamente lo que los «revisiónistas» afirmaban: la nacionalización no solo era electoralmente perjudicial, sino que era irrelevante para los objetivos socialistas del laborismo. Naturalmente había casos en los que el Estado podía verse obligado a asumir la gestión de una u otra empresa, incluso de un determinado sector de la economía, pero el único criterio debía ser el criterio funcional, estrictamente económico y basado en consideraciones de eficiencia, lo cual significaba la aceptación permanente de una situación en la que el «sector privado» sería abrumadoramente predominante y la colectivización seguiría siendo marginal, confinada mayormente a los servicios públicos. El Estado intervendría en la vida económica, pero solo mediante la forma del «control».

Estas concepciones no representaban un abandono significativo de la tradicional filosofía económica del laborismo. Los «revisiónistas» simplemente querían dar un estatus programático a lo que ha sido el objetivo de la dirección del Partido Laborista (no de sus militantes) desde el momento de su fundación. Otras demandas «revisiónistas» apenas eran nuevas: la insistencia en el carácter no de clase del Partido Laborista y sus objetivos, la desmotivación activa de la militancia sindical, los halagos hacia los votantes de clase media y el debilitamiento general del mensaje político del laborismo, algo que había sido siempre parte de los planteamientos del partido. Pero a finales de la década de 1950, estas demandas adquirieron un nuevo significado, cuando la «riqueza» en la que supuestamente se estaban revolcando los trabajadores se utilizó para fortalecer la necesidad de una nueva imagen, apropiada para una sociedad «poscapitalista», que asumía un carácter cada vez más pequeño burgués.

En cuanto a la política exterior del Partido Laborista durante la década de 1950, la verdadera batalla no se libró entre laboristas y conservadores,

sino en el seno del partido entre la derecha y la izquierda del mismo. Sobre las principales cuestiones políticas, los dos partidos estaban oficialmente en paz. Naturalmente surgieron diferencias sobre temas concretos, como en el caso de Suez, pero esas diferencias no socavaron lo que era esencialmente un planteamiento bipartidista de la política exterior. Sería una equivocación pensar que la izquierda laborista, opuesta a la corriente oficial, era capaz de ofrecer una línea política consistente e ideológicamente fundamentada. Su oposición fue a menudo ambigua y cohibida, carente de sólidas bases ideológicas. Como en el caso del bevanismo, se trataba más de una actitud que de un movimiento coherente y especialmente su dirección parlamentaria tendía al compromiso, lo cual favorecía regularmente a sus oponentes.

Después de la derrota del Partido Laborista en las elecciones de 1959, los conflictos internos entre las corrientes de izquierda y derecha entraron en una fase más dramática. En primer lugar, se produjo el intento de Gaitskell de modificar la Clausula IV de los Estatutos del Partido de manera que se eliminara el compromiso de acometer la nacionalización. La derrota que sufrió Gaitskell, gracias a la fiera y espontánea resistencia del movimiento sindical y de secciones del partido, fue notable, pero no reviste menor importancia el hecho de que la oposición de izquierda, aun siendo capaz de frustrar determinadas iniciativas de la dirección del partido, no conseguía obtener una victoria decisiva. El compromiso que se alcanzó en la Conferencia Anual de 1960 concedió a la oposición la apariencia de una victoria, pero dejó el poder real, y el derecho a dar forma al programa laborista, en manos de la dirección «revisionista».

El segundo problema que agitaba al Partido Laborista desde 1959 eran las crecientes demandas, presentes en el seno del movimiento obrero y más allá del mismo para que el laborismo, una vez llegado al poder, se comprometiera con la renuncia unilateral a las armas nucleares. Los dirigentes del partido, que desde luego eran contrarios al unilateralismo, tuvieron pocas dificultades para derrotar a sus defensores a finales de la década de 1950. Sin embargo, en la Conferencia Anual de 1960 se aprobó por una estrecha mayoría una resolución unilateralista, con el apoyo de poderosas organizaciones sindicales, especialmente de la Transport and General Workers' Union. Esta derrota de la dirección fue la que provocó el compromiso de Gaitskell de «luchar sin pausa» para revocar la decisión. En la Conferencia Anual de 1961 Gaitskell cumplió su promesa y la decisión de 1960 fue revocada. En cualquier caso, el punto clave

del debate sobre la política de defensa había cambiado con el reconocimiento de que Gran Bretaña carecía de los medios para seguir siendo un miembro «independiente» del club nuclear. La verdadera cuestión era si Gran Bretaña iba a dejar su «disuasión» nuclear en manos de Estados Unidos y concentrarse en su papel «convencional» dentro de la OTAN o si debía abandonar simplemente la organización. Para la dirección del Partido Laborista, eso era algo que no podía tomarse en consideración; también habría que añadir que era una elección que una parte significativa de la izquierda del partido no estaba preparada para afrontar.

Mientras tanto un nuevo problema se había apoderado del centro del escenario: la propuesta de incorporación de Gran Bretaña a la Comunidad Económica Europea. El partido estaba dividido sobre esta cuestión y se sintió abandonado por su líder, cuando Gaitskell, después de un largo silencio, se pronunció en contra del Mercado Común. La razón de su oposición a términos considerados aceptables por el gobierno británico tenía poco que ver con consideraciones de carácter socialista del partido, pero naturalmente esta fue la primera vez que se ganó el entusiasta apoyo de la izquierda desde que se había convertido en el líder del partido.

Lo que hubiera hecho el Partido Laborista, si los conservadores hubieran conseguido incorporar a Gran Bretaña a la CEE y se hubieran celebrado una elecciones generales centradas en esta cuestión, son preguntas que el veto impuesto por De Gaulle en 1963 impidió que tuvieran respuesta. Pero De Gaulle también propinó un duro golpe al gobierno *tory*, que estaba profundamente comprometido con la incorporación y tenía una desesperada necesidad de un nuevo soplo de vida y de aparentar uno u otro tipo de iniciativa política. Bastante antes de que fuera sacudido por el caso Profumo, el gobierno se había vuelto impopular debido a su pobre gestión económica, y así en el invierno de 1962-1963, por primera vez desde su llegada al poder en 1951, no pudo impedir el único infortunio que ningún gobierno británico puede permitirse: el desempleo a gran escala. Todo ello, por no hablar de su evidente confusión sobre la política de defensa, más que cualquier iniciativa política por parte del Partido Laborista, aumentó considerablemente su probabilidad de éxito en las siguientes elecciones. Cuando Gaitskell falleció en enero de 1963, no solo se había desecho de sus críticos y obtenido una inexpugnable autoridad dentro del partido, sino que también había alcanzado el umbral del poder tras largos y desesperantes años de una infructuosa oposición, lo cual otorgó a su súbita muerte una dimensión particularmente trágica.

El camaleón

En el sistema político británico, los dirigentes de los partidos son figuras extremadamente poderosas y su influencia sobre la política, la estrategia y la táctica del partido es en consecuencia enorme. Esta característica es especialmente relevante en el caso de Harold Wilson, sustituto de Gaitskell como líder del Partido Laborista. Por lo general se ha considerado que Wilson estaba sólidamente a la izquierda de Gaitskell. Después de todo en 1951 había dimitido junto a Aneurin Bevan de su puesto en el gobierno laborista (por la imposición del copago a las recetas del Sistema Nacional de Salud para financiar la guerra de Corea); se había opuesto al rearme alemán en 1953-1954 y en octubre de 1960 se había presentado contra Gaitskell en las elecciones a la dirección del partido en el punto álgido de la controversia unilateralista y contando con el apoyo de la izquierda laborista.

Pero antes de examinar más detalladamente los compromisos políticos de Wilson —e incluso si eran tan radicales como han sugerido algunos miembros de la izquierda laborista— deberíamos tomar en consideración los compromisos de los hombres que le rodeaban. Wilson heredó de Gaitskell un grupo de colegas pertenecientes al gabinete en la sombra laborista y al Comité Ejecutivo Nacional sobre cuya orientación política no hay la menor duda: están firmemente situados en la derecha y, en algunos casos, en la extrema derecha del espectro laborista. Esto es cierto en el caso de George Brown, número dos del partido, y de Patrick Gordon-Walker, en aquel momento secretario de Asunto Exteriores del gabinete en la sombra; y más o menos cierto de James Callaghan, el canciller en la sombra. La mayoría de los demás colegas de Wilson oscilaban entre la derecha y la extrema derecha. Si Wilson hubiera debido su victoria a una poderosa corriente de la izquierda existente en el grupo parlamentario, que es quien elige al líder del Partido Laborista, y en el seno del movimiento obrero en general, podría haber sido capaz de prescindir de los servicios de por lo menos uno de estos hombres. Tal y como están las cosas, Wilson no está en posición de librarse de ellos y, hasta cierto punto, debe tratar de conciliar colegas que hasta hace poco tiempo eran sus fieros oponentes. En cualquier caso, no hay mucha gente en los escalones superiores de la jerarquía del Partido Laborista con quien podría contarse para fortalecer las hipotéticas tendencias izquierdistas de Wilson. El más destacado entre ellos, R. H. S. Crossman es un hombre con una mente fértil e intelectualmente brillante, pero su radicalismo ha sido siempre demasiado errático e incierto como para hacer que fuera

un serio portavoz de la izquierda. Barbara Castle y Anthony Greenwood, ambos miembros de la ejecutiva nacional, son menos vagos en sus planteamientos pero también tienen menos influencia, mientras que Michael Foot, sobre el que ha recaído el manto de Bevan, es un orador, periodista y escritor realmente efectivo, pero hasta ahora no ha mostrado las cualidades necesarias de un líder, por no mencionar el hecho de que sus opiniones son completamente inaceptables para la mayoría de sus actuales colegas parlamentarios. Dentro del grupo parlamentario laborista, los diputados de izquierda no son un grupo numéricamente insignificante y serán más después de las próximas elecciones generales, pero no llegan a ser un grupo de presión con una influencia real.

Habida cuenta de esta correlación de fuerzas, sería fácil evocar la visión de un líder radical acosado por colegas ortodoxos, frustrado en sus inclinaciones izquierdistas por el equipo heredado de su predecesor, impaciente por realizar un cambio pero temporalmente incapaz de situar al Partido Laborista tan a la izquierda como le gustaría. Semejante retrato sería gravemente engañoso. Sin duda existen ciertas diferencias políticas entre Wilson y sus colegas más próximos, que también se diferencia de diversas maneras de su predecesor, pero sería ingenuo pensar que se trata simplemente de que Wilson es la «izquierda» mientras que Gaitskell era la «derecha», o hablar de un Wilson socialista rodeado de colegas recalcitrantes. Estas categorías son extremadamente toscas para esta situación concreta. Las diferencias reales entre Hugh Gaitskell y Harold Wilson, dejando aparte la considerable habilidad técnica como político de este último, son más complejas; pueden englobar, hablando en general, la distinción entre la derecha y la izquierda, pero difícilmente quedan agotadas con ello.

Una diferencia se encuentra en el hecho de que Wilson, a diferencia de Gaitskell, nunca ha mostrado ningún deseo de eliminar las ambigüedades, confusiones y evasiones que rodean a gran parte de la política laborista, por ejemplo sobre el tema de la nacionalización. Por el contrario, toda la carrera de Wilson desde 1951 se ha construido sobre una ambigüedad que ha ido acompañada de la cuidadosa elusión de todo compromiso demasiado concreto sobre las diversas disputas que han agitado al Partido Laborista desde entonces. Así, Wilson dimitió del gobierno de Bevan, pero posteriormente mantuvo su distancia con los rebeldes bevanitas. Sin duda estaba en contra del rearme de Alemania, pero rápidamente asumió la derrota de la izquierda sobre esta cuestión. Cuando Bevan abandonó el gabinete en la sombra en 1954, porque estaba siendo acosado por sus

adversarios, Wilson no dudó en ocupar el puesto vacante, y fue él quien jaleó con entusiasmo la ponencia *Industry and Society* en la Conferencia del Partido Laborista de 1957, que constituyó el primer intento explícito efectuado bajo la dirección de Gaitskell de alejar al partido de sus compromisos sobre las nacionalizaciones. Wilson no era reacio a dejar que se dijera que él no aprobaba la posterior gestión de Gaitskell sobre la cuestión de la Clausula IV, pero solo porque no había ninguna necesidad de plantear esa cuestión; y aunque Wilson se enfrentó a Gaitskell por el liderazgo del partido en el momento álgido de la controversia sobre la política de defensa, dejó claro que de ninguna manera debía pensarse que él tuviera simpatías por la unilateralidad. Wilson, en otras palabras, cultivó el espacio político del centro de manera cercana a la perfección.

Clement Attlee solía decir que estar a la izquierda del centro era la única posición apropiada para un líder del Partido Laborista y Wilson ha suscrito sin reservas este axioma. Pero la idea de que Attlee era un dirigente de centroizquierda es uno de los mitos más cuidadosamente fomentados dentro de la política laborista. La realidad muestra que en todas las cuestiones que realmente importaban, Attlee se *oponía* inequívocamente a las políticas de izquierda. Tampoco es algo que sorprenda: hay que asumir opciones y los conjuntos de políticas deben girar en torno a uno u otro eje. En términos prácticos, los dirigentes no pueden representar todas las opciones para la totalidad de los electores. El marco en el que se toman las decisiones cambia lógicamente de acuerdo con el tiempo y el espacio. En el contexto británico y en relación con la política interior de la década de 1960, la piedra de toque del compromiso del líder del Partido Laborista es su perspectiva sobre el tema de las nacionalizaciones. Desde luego este no es el único problema que permite distinguir entre las diferentes tendencias, pero por lo menos en el ámbito interno es el más decisivo. Tal y como están las cosas, también es una cuestión sobre la que existen innumerables pruebas de la posición personal tanto de Wilson como de otros dirigentes laboristas.

Cuatro días después de su elección como líder del Partido Laborista, Wilson se vio desafiado en la Cámara de los Comunes para que dijera si apoyaba la Clausula IV de los estatutos del partido. Manifestó que sí lo hacía, al igual que todo el Partido Laborista. Formalmente esto es cierto. El partido apoya la Clausula IV tal y como quedó establecida en 1918. En la práctica, las diferencias sobre esta cuestión entre Wilson y sus colegas del ala derecha no son gran cosa. Como se ha señalado anteriormente, el «revisiónismo» de

Gaitskell no excluye la posibilidad de actos parciales y ocasionales de nacionalización. Un grupo de parlamentarios laboristas así lo señalaba en una carta publicada en *The Times* el pasado mes de marzo. «La opinión pública está preocupada por la existencia de políticos conservadores que recurren a una propaganda irracional y emocional para convertir la propiedad pública en un espartapájaros político». La ampliación de la propiedad pública era «una cuestión meramente práctica sobre la manera más eficiente y económica de organizar procesos industriales concretos en el interés nacional». Además, desde Wilson hasta el último militante del partido, los portavoces laboristas han declarado una y otra vez que, salvo la renacionalización del acero y partes del transporte por carretera, el Partido Laborista no tenía planes de tomar el mando de nuevos sectores económicos y empresas. La única reserva se encuentra en algunos planteamientos recogidos en *Signposts for the Sixties*, el programa adoptado por el Partido Laborista en su conferencia de 1961, en el que se señala que «cuando la competencia en un sector clave de la economía no crea eficiencia sino caos», «puede ser necesaria una ampliación de la propiedad pública para enderezar las cosas». Por analogía, allí donde «cambios importantes de propiedad y control en un sector económico vital se ven amenazados por adquisiciones hostiles o por fusiones, el Estado debe tener libertad para intervenir, ya sea vetando una determinada transacción o actuando para hacer valer los intereses de la comunidad mediante una ampliación de la propiedad pública»¹.

Es preciso añadir, no obstante, que existe un tipo de propiedad pública que Wilson ha defendido con cierta determinación: el establecimiento de empresas de propiedad pública en los «puntos de crecimiento» de la economía, ya sea como plantas piloto o como competidoras del sector privado ya existente. La idea fue muy debatida durante el gobierno laborista de posguerra sin que al final se hiciera gran cosa con ella. Sin duda está iniciativa se perseguiría más enérgicamente con un gobierno de Wilson. Semejantes empresas pueden ser deseables y podrían realizar determinadas funciones valiosas, pero difícilmente puede afirmarse, que transformarían la base y el carácter de la vida económica en Gran Bretaña, incluso en una perspectiva a largo plazo; tampoco perturbarían la estructura de poder existente en la economía británica.

La única propuesta concreta es la renacionalización del acero, sobre la cual resulta razonable pensar que, si no hubiera sido nacionalizado bajo

¹ *Signposts for the Sixties: A Statement of Labour's Home Policy Accepted by the 60th Annual Conference of the Labour Party at Blackpool, 2-6 October 1961*, Londres, 1961, p. 18.

el gobierno laborista de 1945, ahora no figuraría en ningún programa laborista. La insistencia de Bevan sobre esta medida, por encima de las dudas y la reluctancia de sus colegas, fue uno de los mejores legados que dejó al movimiento obrero. Tratar de evadir un compromiso que se ha reiterado durante décadas crearía evidentes dificultades para el Partido Laborista, pero la discusión que se produciría después de que un gobierno laborista llegara al gobierno probablemente no sería *si* nacionalizar o no, sino *cómo* hacerlo, es decir, si efectuar una nacionalización «maximalista», la cual podría tener importantes consecuencias, o de manera atenuada con el fin de reducir la envergadura de la medida. Esta es una de las cuestiones cuya respuesta permanece genuinamente abierta, pendiente principalmente del equilibrio de fuerzas vigente en el Partido Laborista en el momento presente.

Wilson no tiene más intención que ninguno de sus predecesores de comprometer a un gobierno laborista con ampliación significativa alguna del sector público. Su propósito, y el de sus colegas, no es empezar la difícil tarea de transformar una economía basada predominantemente en la empresa privada en una economía con una base predominantemente socializada; por el contrario, de lo que se trata es de dirigir el capitalismo privado, de ampliar el alcance de la intervención del Estado en los asuntos económicos para impulsar, alentar, aconsejar, engatusar y sobornar a los intereses privados para que actúen de acuerdo con las políticas de un gobierno laborista. El ideal del Partido Laborista parecería ser una versión británica de la *économie concertée* francesa en la que la industria privada, los trabajadores y el Estado tienen que desempeñar su papel dentro de un marco general de planificación «indicativa».

Lógicamente, la dirección del Partido Laborista está preocupada por la actuación comparativamente vacilante de la economía británica durante la pasada década, por su menguante participación en el comercio mundial, por la inadecuada y equivocada dirección de la inversión y por el desperdicio de técnicas y recursos materiales y humanos. Es realmente consciente de que el capitalismo contemporáneo requiere de la intervención del Estado a una escala masiva, si quiere mantenerse como un sistema dinámico. Los dirigentes laboristas afirman que ellos administrarían la economía de manera más eficiente que los conservadores, lo cual podría ser cierto. Alrededor del partido *tory* prolifera una multitud de intereses creados, muchos de ellos de carácter parasitario, que un gobierno conservador tiene que tener muy en cuenta, pero con los que

el Partido Laborista podría mostrarse menos amable. Así, especuladores inmobiliarios, grandes terratenientes y financieros a la búsqueda del enriquecimiento rápido pueden tener una época menos boyante con un gobierno laborista al frente del país que durante los recientes años dorados, lo cual todavía les dejaría, no obstante, con un enorme margen de acción. El Partido Laborista se mostraría especialmente preocupado por ayudar y animar a esos sectores de la economía capitalista que mostraran iniciativas y dinamismo; en este sentido, debe encuadrarse la afirmación de que el Partido Laborista es el solícito amigo del «neocapitalismo».

Sin embargo, si Wilson y sus colegas quieren tener éxito en su propósito de restaurar el vigor de la economía británica, necesitarán la cooperación del sector privado y del sector financiero. Semejante cooperación siempre ha tenido que abonar su precio en el pasado y no hay ninguna razón para pensar que en el futuro esto será diferente. Tampoco hay demasiadas dudas de que los dirigentes laboristas, al igual que sus predecesores, estarían dispuestos a pagar el precio que se les exigiera, algo que podría tomar muchas formas: una actitud «razonable» con los intereses industriales y financieros claves; una predisposición, que ya ha se ha expresado repetidamente, para que prediquen a los sindicatos las virtudes de la moderación en las demandas salariales; una actitud «inteligente» respecto a la reforma tributaria y una apreciación comprensiva de los requerimientos generales de una economía orientada hacia la obtención de beneficios.

Por otro lado, el Partido Laborista ya ha afirmado que desea impulsar una sustancial ampliación de los servicios sociales, incrementar sensiblemente las oportunidades educativas e introducir nuevos impuestos sobre las grandes propiedades y los ingresos elevados; en resumen, que quiere lograr una sustancial mejora de la calidad de vida en Gran Bretaña y reducir las desigualdades económicas y sociales, que siguen contándose entre sus características más insultantes. ¿Cómo alcanzar estos objetivos y obtener la cooperación de la industria, cómo satisfacer las reclamaciones populares y respetar las demandas de los propietarios y los privilegiados? Estos son problemas de una envergadura mucho mayor que hasta la fecha los dirigentes laboristas no han estado preparados para reconocer: para resolverlos en el interés popular hará falta una dosis de dureza, arrojo y determinación, que hasta ahora no ha mostrado ningún dirigente laborista.

Actualmente sigue siendo cierto que, como en periodos anteriores y más tristes, el Partido Laborista no utiliza el lenguaje de la audacia para dirigirse a sus partidarios; que revela no tener ninguna visión de grandes proyectos

dignos de ser realizados a gran escala; que permanece desesperadamente preocupado por dejar clara su respetabilidad y que está permanentemente obsesionado por el miedo a aparecer insuficientemente ortodoxo. El resultado de todo ello tiene su lado cómico. Preguntado en una entrevista hasta qué punto llegaba la influencia que Marx tenía sobre él, Wilson replicó: «Con toda honestidad, nunca he leído *Das Kapital*. No pasé de la segunda página, donde la nota a pie de página ocupa casi una página entera. Pensé que dos frases del texto y una página de notas al pie eran demasiado». Esto lo dice un hombre que no solo es un político habilidoso, sino inteligente y bien educado. Actualmente, después de mucho tiempo resistiéndose a ello, el Partido Laborista ha confiado su campaña preelectoral a expertos en relaciones públicas. Lo menos que se puede decir sobre los esfuerzos que ha realizado hasta la fecha es que la propagación de los ideales socialistas no parece terriblemente importante para estos mercaderes de frases y sus efectos prefabricados. Tampoco, para ser justos, parece ser la principal preocupación de sus clientes.

La ambigüedad que ahora, como en el pasado, marca el mensaje laborista no está a la altura del grado de descontento ni del deseo de renovación existente en la Gran Bretaña actual, como tampoco lo está a la altura de la oportunidad que ofrece la bancarrota de un Partido Conservador en decadencia. El rechazo provocado por los *tories* no va acompañado de sentimiento alguno de entusiasmo o alivio despertado por el Partido Laborista. Ahora la nueva generación de posguerra ha entrado en el escenario y su característica más prometedora es su falta de deferencia hacia el *establishment* actual. La oleada de escritos y actuaciones satíricas que se ha extendido por el país durante los últimos años es un movimiento protagonizado por los jóvenes y limitado a ellos, pero resulta significativo, incluso extraño, que el amargo desdén de su sátira esté dirigido tanto hacia los laboristas como hacia los conservadores y hacia la sociedad sobre la que han gobernado. Lo que los exponentes más conscientes de esta nueva generación están diciendo es simplemente que no consideran a los dirigentes laboristas como una verdadera alternativa a sus oponentes conservadores. Sería fácil despreciar este fenómeno como una típica expresión de jóvenes irreverentes enfrentados a sus mayores. De hecho, el planteamiento político del Partido Laborista hace que esos sentimientos sean sumamente razonables.

Lo mismo puede afirmarse, y con mayor énfasis incluso, respecto a la política exterior laborista. También aquí Wilson ha dejado claro que él

continúa apoyando la línea que ha heredado y que no hay ninguna razón para pensar que él o sus colegas alimentan ambición alguna de apartarse de los principios que han guiado la política exterior laborista desde 1945. Permanecen totalmente comprometidos con la OTAN y con la alianza sellada con Estado Unidos, evitando cualquier iniciativa autónoma. No sería una exageración decir que Kennedy no tiene en Europa un aliado más fiel. Los dirigentes laboristas se han liberado ahora de su anterior compromiso sobre una fuerza nuclear «independiente» y han resaltado repetidamente que su principal preocupación respecto a la OTAN es fortalecer la contribución británica en las fuerzas «convencionales».

Es cierto que el Partido Laborista ha defendido desde tiempo atrás iniciativas que le gustaría que desarrollara la Alianza. Ha suscrito durante muchos años la retirada en Europa Central, como una variante del Plan Rapacki; ha alentado el compromiso occidental con las solicitudes rusas sobre un tratado de prohibición de ensayos nucleares; ha pedido que las cumbres de la institución sean más frecuentes; ha defendido la realización de mayores esfuerzos para asegurar el desarme general, y podemos confiar en que el propio Wilson, que se ganó sus galones ministeriales años atrás en el transcurso de las negociaciones comerciales con la Unión Soviética, proponga una sustancial ampliación del comercio con el mundo comunista. Hasta la fecha, sin embargo, las esperanzas laboristas en política exterior han estado supeditadas a la aprobación de Estados Unidos. El secretario de Asuntos Exteriores en la sombra, dejó absolutamente clara la posición de los laboristas en su viaje a Washington en junio de este año: «El Partido Laborista respetará cualquier acuerdo alcanzado por el Partido Conservador sobre la participación en la fuerza multinuclear y, de hecho, si Estados Unidos no puede elaborar otra alternativa, el laborismo aceptará la idea». Semejantes actitudes no son el material del que surgirán actuaciones de cierto calado en el campo de la política exterior. No toda la plana mayor del Partido Laborista puede mostrarse tan dúctil y acomodaticia a las opiniones estadounidenses como Gordon-Walker. El propio Wilson ha expresado su categórica oposición a que Alemania Occidental comparta o controle armas nucleares y ha hablado de un reconocimiento *de facto* de Alemania del Este. Al mismo tiempo, hay pocas señales de que los dirigentes laboristas vayan a resistir las presiones estadounidenses. Lo más probable es que traten de «refrenar» acciones impetuosas en determinados momentos críticos y en tiempos de emergencia, como sucedió durante la crisis cubana de octubre de 1962. Pero esto se queda muy lejos de tener iniciativas independientes y, desde luego, no tiene

nada en común con una política de «tercera fuerza», menos aún con una neutralidad activa. El Partido Laborista ha mostrado mucha simpatía por el «Tercer Mundo», pero ello no va acompañado de interés alguno por una Gran Bretaña no alineada. En el endémico conflicto entre las esferas capitalista y comunista, Wilson y sus colegas permanecerán firmemente alineados con Estados Unidos.

Todo esto sugiere que sería un error esperar que el próximo gobierno laborista ponga en marcha uno u otro tipo de cambio estructural en el país o que se embarque en una nueva política exterior. Pero la historia no acaba aquí, porque lo que un gobierno laborista haga o deje de hacer no es simplemente el producto de sus propios deseos y predilecciones. Una gran parte también depende de las presiones a las que se vea sometido, en este caso por parte del movimiento obrero. La izquierda del partido presente en los sindicatos, en las circunscripciones y en la Cámara de los Comunes, que debería constituir la fuente de esta clase de presión, rara vez se ha mostrado tan mansa como en la actualidad. Una de las razones es que las cuestiones importantes que anteriormente dividían al partido han quedado temporalmente archivadas: la «unidad» está ahora a la orden del día, más todavía desde que la izquierda laborista considera a Wilson un líder más aceptable que su predecesor, un hombre dispuesto a escuchar comprensivamente sus puntos de vista.

Suceda lo que suceda —y la izquierda del Partido Laborista es históricamente propensa a caer presa de ilusiones en esta materia— está claro que la única garantía de ser escuchado es la fuerza que la izquierda sea capaz de reunir para hacerse oír. Por otro lado, su actual mansedumbre puede oscurecer su fuerza potencial, cuya utilización eficaz es la única esperanza de conseguir un gobierno laborista más audaz de lo que la actual línea política y las declaraciones del partido parecen sugerir. Incluso entonces, sería difícil para la izquierda introducir en la agenda política los problemas básicos susceptibles de desencadenar un cambio socialista en la sociedad británica. Semejantes problemas deben esperar hasta que un gobierno laborista, y probablemente más de uno, logre expresar un liderazgo real de la vida pública.

Publicado por primera vez en italiano con el título «Se il laburismo vince ...» en *Il Contemporaneo*, núm. 63-64, agosto-septiembre de 1963. Retraducido del italiano por NLR, ya que el manuscrito original en inglés se ha perdido. Algunos fragmentos se publicaron en Ralph Miliband y John Saville, «Labour Policy and the Labour Left», *Socialist Register*, vol. 1, 1964; ha sido incorporada la versión en inglés de los mismos.